

SIXTO GARCIA
REFLEXIÓN DEL EVANGELIO
JUEVES V DE CUARESMA: JUAN 8: 51-59

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” – Juan 14: 9

TEXTO

(Jesús les dijo): “En verdad, en verdad les digo que si alguno guarda mi palabra, no gustará la muerte jamás.” Le dijeron los judíos: “Ahora sabemos que tienes un demonio. Abrahán murió, y también los profetas y tú dices: ‘Si alguno guarda mis palabras, no probará la muerte jamás. ¿Eres tú acaso más grande que nuestro padre Abrahán, que murió? Y también los profetas murieron. ¿Quién te crees que eres?’”

Jesús respondió: “Si yo me glorificara a mí mismo, mi gloria no valdría nada; es mi Padre quien me glorifica, que quien ustedes dicen: ‘Él es nuestro Dios,’ y sin embargo, no le conocéis. Yo sí que le conozco; y si dijera que o le conozco, sería un mentiroso como ustedes. Pero yo sí le conozco y guardo su palabra. Vuestro Padre Abrahán se regocijó pensando en ver mi Día; lo vio y se alegró.”

Entonces los judíos le dijeron “¿Aún no tienes cincuenta años y has visto a Abrahán?” Jesús les respondió:

“En verdad, en verdad les digo que antes que Abrahán existiera, Yo Soy.”

Entonces tomaron piedras para tirárselas; pero Jesús se ocultó y salió del Templo.

CONTEXTO

1) El evangelio de hoy es la tercera y última fase del amargo e intenso debate de Jesús con sus adversarios en el Templo. Jesús les ha dicho que el padre de sus acusadores es el diablo (vs. 44), que ellos no son de Dios porque no escuchan las palabras de Dios (vs. 48).

2) Los judíos le acusan de ser un samaritano (vs. 48-no es parte del evangelio de hoy), o sea, hijo de un pueblo que ellos consideraban racialmente inferior, y apóstata, descendientes de idólatras (cf. 2 Reyes 17: 24ss; Oseas 2: 18-19; Esdras 4: 1-24) – Jesús les responde: “): “En verdad, en verdad les digo que si alguno guarda mi palabra, no gustará la muerte jamás” (comienzo del evangelio de

hoy) – La reacción no se hace esperar: los “judíos” le responden “Ahora sabemos que tienes un demonio” – “Ahora sabemos” es la fórmula familiar de sus acusadores – La posesión diabólica de que acusan a Jesús la recoge igualmente la tradición sinóptica – cf. Marcos 3: 22.

3) Los “judíos” le increpan: “¿Eres tú acaso más grande que nuestro padre Abrahán” – La pregunta evoca la incapacidad de la mujer samaritana de aceptar que Jesús era más grande que Jacob (Juan 4: 11-12).

4) Jesús reitera el tema que sus adversarios le han escuchado proclamar, pero rehúsan todavía aceptar: su gloria (“doxa”) no viene de él, sino del Padre – el Padre es su mejor testigo, Jesús no testifica por cuenta propia, es su Padre el que testifica por él (Juan 5: 17-18; 31-32; Números 35: 30; Deuteronomio 19: 15).

5) Pero, latente en el trasfondo de este drama, el lector del evangelio sabe ya que la “doxa” (palabra usada 19 veces en el Cuarto Evangelio), la gloria de Jesús, y su “glorificación” (“doxazo” – usado 23 veces) se harán plenas en la Pascua, en el momento de la Cruz que da vida - Cada vez que las palabras “gloria” o “glorificación” aparecen en la narrativa, la luz – y la sombra – de la Cruz emergen.

6) Jesús habla en aparente tono enigmático: “Vuestro Padre Abrahán se regocijó pensando en ver mi Día; lo vio y se alegró.” – De nuevo, el genio literario del evangelista, usando el socorrido esquema del “doble nivel de significado” (Jesús dice una cosa: el evangelista, y a veces el lector, ven su nivel más profundo, pero los interlocutores de Jesús solamente su nivel más superficial: cf. Juan 2: 19-20; 3: 3-4; 19: 30) aparece aquí:

7) Las palabras de Jesús refieren a una antigua tradición judía, revivida en tiempos de Jesús: según esta tradición, Abrahán había recibido una revelación privada sobre las edades futuras, en particular sobre el advenimiento de la edad mesiánica: son abundantes los testimonios: “Targum Onkelos” del Génesis 17: 16-17; el “Rabbán del Génesis,” 44: 22, 28; 4 Esdras 3: 14; “Targum Levi,” 18: 14; 2 Baruch 4: 4; “Apocalipsis de Abrahán,” 31: 1-3; “Tanhim Beraka,” 6: 20; “beraka Sanhedrin,” 108b.

8) Ahora bien, al decir que esta revelación con la cual fue privilegiado Abrahán se refería a “su día,” Jesús está proclamando que toda la obra de la salvación se ha cumplido en él (así, Charles Barret).

9) Y entonces el autor del Cuarto Evangelio nos presenta uno de los momentos centrales en todo el NT, una de las cimas de su Cristología: Jesús les dice: “En verdad, en verdad les digo que antes que Abrahán existiera, Yo Soy.”

10) La introducción solemne (“En verdad, en verdad les digo”) acentúa la incomprensibilidad del momento: Aquí, en el tercero de los “Yo Soy” del capítulo 8 de Juan, Jesús, más allá de toda duda, proclama su pre-existencia con Dios, como el Logos (Rudolf Schnackenburg, Francis Moloney, Raymond Brown) – el lector del evangelio ya conoce esto, de manos del evangelista (Juan 1: 1, 18) - pero aquí Jesús lo proclama públicamente – El significado de pre-existencia – por lo tanto, de igualdad – con Dios queda confirmado por la reacción de su audiencia – lo quieren lapidar como blasfemo, pero Jesús se esconde.

¿QUÉ NOS DICE TODO ESTO A NOSOTROS, HOY?

1) Gerhard Lohfink, Karl Rahner, S.J., Brian McDermott, S.J., y otros, han argumentado que el “Yo Soy” de Jesús no debe ser concebido como algo estático, es decir, como una pre-existencia inmutable e inamovible – El “Yo Soy” de Jesús, en última instancia, resuena con la misma dinámica de las palabras de Dios a Moisés en la zarza ardiendo Éxodo 3: 14, es un “Yo Soy” (hebreo “ehyeh asher ehyeh” – puede traducirse también como “Yo soy lo que soy”), definido por las palabras que le preceden: “He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto: he escuchado el clamor ante sus opresores . . . He bajado para librarlo de la mano de los egipcios . . . El clamor de los israelitas ha llegado hasta mí y he visto la opresión con que los egipcios los afligen . . .”

2) Jesús, el “Yo Soy” escatológico del Padre es, en su pre-existencia divina desde siempre, él, que es consubstancial con el Padre, desde un comienzo sin comienzo, aquel que “ha bajado,” de modo definitivo, para librar a los oprimidos, a aquellos cuyo clamor llega hasta él . . . ¡Él ha visto la aflicción de su pueblo, el clamor de los que sufren no cae en oídos sordos! ¡Jesús oye el clamor del pobre (Salmo 34: 7) y de todos los afligidos de la historia!

4) Más aún: nosotros, creaturas definidas por el tiempo y el espacio, no podemos – nos cuesta mucho trabajo – pensar en términos más allá de nuestros parámetros de “antes” o “después” – el tiempo fluye: el presente se nos escurre de nuestras manos a cada segundo, el pasado ya no está, el futuro está por llegar – Sólo en nuestra memoria, nos dice San Agustín, podemos hablar de un “pasado-presente,” de un “presente-presente,” y de un “futuro-presente.”

5) Pero en la mente eterna de Dios, todos los tiempos, todas las edades, toda la historia se patentiza de un modo presente – Por lo tanto, podemos – tenemos – que decir, que ¡el único Hijo que el Padre ha engendrado y que contempla desde siempre, NO ES, como bien ha observado Karl Rahner, “el Hijo que se va a encarnar,” – más bien, el único Hijo que el Padre conoce, desde siempre, es Jesús de Nazaret, el Cristo, el Crucificado y Resucitado!

6) Demos otro paso más allá: Jesús, el Crucificado y Resucitado, es la plenitud de todos los caminos de la Historia de la Salvación (Gerhard Lohfink) – de toda la historia humana - Lleva en su humanidad todos los caminos de la historia de todos los seres humanos, pasados presentes y futuros - ¡Todos sus gozos, todas sus angustias, persecuciones, hambre, pobreza – todas sus aflicciones!

7) Una antigua tradición cristiana sostiene que las heridas y los sufrimientos de Jesús son parte de su definición resucitada – Sto. Tomás de Aquino consagra esta opinión – En la Summa Theologiae, III q. 54 a. 4, Tomás pondera si era idóneo, propio (“conveniens”) que Jesús resucitara con sus cicatrices. A las objeciones posibles: a) Las cicatrices serían señal de la presencia del mal y de la muerte, y b) el cuerpo resucitado es un cuerpo perfecto, no puede tener rotura, responde:

a) Precisamente porque las cicatrices son el locus de salvación, se convierten en los estandartes de su victoria.

b) Precisamente porque las cicatrices son el locus de la perfección de Jesús, son símbolos de un cuerpo más perfecto aún (“magis”).

8) El “Yo Soy” de Jesús, por lo tanto, no lo sitúa en una esfera de cosas donde la rotura y la imperfección humana, la injusticia, la opresión, no tiene cabida - ¡Al contrario, “Yo Soy” es la plenitud del suspiro y la respuesta del Dios de Moisés – el Dios de Jesús – “¡He bajado porque he escuchado la opresión, el clamor de mi pueblo!